

¡SE INICIA UNA NUEVA ERA!

DISCURSO INAUGURAL DEL GOBERNADOR SÁNCHEZ VILELLA
Y SUS MENSAJES A LA ASAMBLEA LEGISLATIVA SOBRE LA
SITUACIÓN DEL ESTADO (1965-1968)

DISCURSO INAUGURAL (2 DE ENERO, 1965)

Don Luis Muñoz Marín, señor Representante del Presidente de los Estados Unidos, señores representantes de otros pueblos y gobiernos amigos, señores jueces del Tribunal Supremo, señores miembros de la Asamblea Legislativa, distinguidos huéspedes, compañeros, amigos y compatriotas:

Acabo de jurar que desempeñaré bien y fielmente los deberes de mi cargo. La tarea que me impone este juramento es grande, pero parcial. La gran responsabilidad del porvenir no es del Gobierno únicamente. Es tarea de todos. Puerto Rico entero ganó las elecciones de 1964. El triunfo pertenece a todo un pueblo que afirmó en las urnas su confianza en sí mismo. El futuro también le pertenece.

Puerto Rico entra hoy en una Nueva Era de su historia porque ha encontrado la certidumbre de su capacidad. El Supremo Hacedor ha querido que nos encontremos juntos ustedes y yo en esta jornada histórica: la jornada del pueblo mismo. Se hizo

posible el 16 de agosto en Mayagüez; fue mandada en las urnas por el consenso de todo un pueblo el 3 de noviembre y la iniciamos formalmente hoy aquí, ante los retos y posibilidades del porvenir. Nuestro pueblo ha respondido a las exigencias de los tiempos para enfrentarse sin dependencia en persona alguna a sus problemas. El pueblo ha asumido las riendas, y los pueblos son más grandes que sus más grandes hombres.

Porque tengo fe en su capacidad, vengo a exigir de cada puertorriqueño el máximo, según sus fuerzas y potencialidades. Todo ser humano que se precie de serlo, vive para una causa, para un ideal. Cada puertorriqueño es mi causa, y Puerto Rico debe ser la causa de todos los puertorriqueños. Pero el vertiginoso avance de la historia nos obliga a precisar cuál es el Puerto Rico de que hablamos, porque Puerto Rico es muy distinto a aquel en que juró por primera vez un gobernador electo. Elegimos a nuestro primer gobernador en el mundo convulso y tétrico de la posguerra. Parecía, entonces, que el estruendo de la fisión del átomo había ahogado en el mundo la voluntad de vivir en paz y progreso. La *Guerra Fría* y la *Era Atómica* se cernían como una enorme sombra sobre la Humanidad. Bajo una sombra onerosa, en Puerto Rico —según palabras de Luis Muñoz Marín aquel 2 de enero de 1949—, nuestro pueblo *apenas sí empezaba a saber usar sus magníficas cualidades de espíritu*.

Es muy distinto hoy el pulso de nuestro tiempo. El horror de la destrucción total nos deja vislumbrar el final de la angustiada Guerra Fría. Este es un mundo de balances, lleno de esperanzas y de expectativas crecientes. Es un mundo totalmente nuevo. Es característica del siglo, la historia comprimida. El globo se achica, el tiempo se hace breve; ambos han dejado ya de ser fronteras. Se puede hacer más en menos tiempo. Se liberan en todo el universo, las energías de una nueva fuerza, mientras en todo el mundo adviene el mando a hombres de este siglo. Ya señaló el traspaso de la antorcha un mártir de nuestra libertad, de nombre John Fitzgerald Kennedy. A la era de los grandes hombres ha de seguir la de los grandes pueblos. Vengo a extraer

de las conciencias y de las energías de todos ustedes la fuerza y el tesón para estar a la altura de los tiempos.

Los nuevos tiempos plantean solamente posibilidades. Estas serán logradas o negadas por nosotros mismos. Para entenderlos, para saber a dónde va Puerto Rico en esta Nueva Era, y cuán aptos estamos para usar nuestras capacidades del espíritu, debemos ver las páginas de nuestra propia historia. La historia de Puerto Rico, de una comunidad de gentes definidas como puertorriqueños, comenzó, quizás, con otra ceremonia precursora histórica de ésta de hoy. A las diez de la mañana del 16 de agosto de 1809, el obispo Arizmendi dio la encomienda a Ramón Power de proteger y sostener los derechos de los puertorriqueños en las Cortes de España. La lucha por nuestros derechos como pueblo fue fuente de vida para el concepto de la autonomía. Los múltiples cambios en la política y en los gobiernos de España, la mano dictatorial con que se ejercía el poder en Puerto Rico, el paternalismo de los gobernadores, no promovieron un sentido vital de dirección en los puertorriqueños. A pesar de ello, el sentimiento autonomista se fue fortaleciendo, y con su nueva fuerza, comenzó en nuestra historia la era de los grandes patriotas. Los patriotas de ayer y hoy se han enfrentado a un doble reto. El doble reto de forjar un pueblo y al mismo tiempo negociar con otro.

Pero la colonia, la dictadura y el paternalismo iban dejando su profunda huella de miedo y de apatía. Graves y hondas fueron estas heridas en el camino hacia la confianza propia. Aún en 1867, se quejaba agriamente [Román] Baldorioty [de Castro] diciendo: *Aisladas nuestras clases entre sí, carecen de unidad y no tienen fe en sí mismas*. A su muerte, dijo Ramón Marín, otro ilustre puertorriqueño: *¡Ese es el hombre!*, y la historia le dio la razón. El sucesor de Baldorioty en el sitio de los grandes patriotas fue Luis Muñoz Rivera. Pero junto al liderato del país, tuvo también el patriota que heredar la angustiosa tarea. Dijo en *La Democracia*: *El día que despierte el país del letargo en que dormita, ese día asistiremos a la boda de Puerto Rico con la libertad*.

Luis Muñoz Rivera continuó la lucha política para conseguirla. Para él y su tiempo, ser patriota puertorriqueño era luchar por el gobierno propio. Para nuestros grandes patriotas, la libertad ha residido siempre en la capacidad para perfilar lo que somos dentro del marco amplio de la asociación con otros pueblos. Y se consiguió la autonomía. Pero meses después, la guerra visitó nuestro país, y pasamos a ser parte de los Estados Unidos. Había que comenzar de nuevo la lucha por la libertad, había que comenzar de nuevo la lucha autonomista. Murió Muñoz Rivera, y los viejos vicios de la individualidad y de la inercia, del miedo y la inseguridad, recobraron su fuerza y su vigencia. Pero Muñoz Rivera había sembrado ya en nuestro pueblo semillas que empezaban a dar fruto. Por un lado, la integridad de su llamado claro y su hondo eco en la conciencia de los puertorriqueños. Por otro, la persona de su propio hijo. Luis Muñoz Marín reanudó la lucha y se logró la gesta del '40.

Volvamos otra vez a las fuentes ideológicas del gran movimiento del pueblo hace un cuarto de siglo, a escuchar las palabras proféticas de nuestra propia determinación. Luis Muñoz Marín describió aquella campaña política en que se sacudió por vez primera la conciencia y la voluntad de nuestro pueblo, como una campaña *para hacer un verdadero pueblo, del que otros quisieran hacer meros rebaños [...] para que ustedes aprendan a actuar como pueblo, para empezar a salvarse. Y señaló el comienzo de una nueva época, una en que ha entrado en escena el pueblo de Puerto Rico mismo.*

El pueblo hizo valer su palabra. Las urnas dieron el mandato para comenzar la revolución pacífica que ha transformado a Puerto Rico. En las urnas comenzó a ver representada el pueblo su voluntad. La fuerza del voto comenzó a derrumbar la barrera de la propia inercia y de la colonia. Habiendo entrado en escena, el pueblo comenzó a comprender su propia fuerza. Fue el despertar de la conciencia colectiva. Y cada día su voluntad, expresada en las urnas, logra más cosas para sí mismo. Paso a paso, ha ido transformándose la era de los grandes patriotas.

Paso a paso, se ha ido construyendo la Era que comienza hoy. El 5 de noviembre de 1940, el pueblo de Puerto Rico entró en escena. Este 2 de enero de 1965, *el pueblo es protagonista*.

Puerto Rico ha ido produciendo, de sus propias entrañas, el perfil de un pueblo. El pueblo entró en escena. Ante la adversidad, en el más sombrío de los mundos, comenzamos a hacernos un destino.

Hoy, en un mundo lleno de expectativas y posibilidades, el pueblo es el personaje principal. *¡Si pudimos comenzar entonces, nada nos puede detener ahora!*

Pero no pueden despersonalizarse del todo los hechos de la historia. A mí me corresponde la tarea de aumentar en la conciencia de los puertorriqueños —día tras día, actuación por actuación, logro por logro— la certeza de su propia fuerza. A ello me comprometo. La función que tengo como Gobernador se puede definir sencillamente. Ante un gesto patriótico, nuestro pueblo respondió con el tesón de que es capaz en lo más profundo de su espíritu. Ha hecho saber que puede ocuparse de su destino. La gesta de Luis Muñoz Marín fue punto de partida para exigir a los puertorriqueños valernos por nosotros mismos. Mi responsabilidad está ahora en hacernos cada día más seguros de ese valer. Tenemos que eliminar las amarras del miedo aun de nuestro recuerdo, y cada día afianzar más nuestra capacidad para decidir nuestros asuntos. En este proceso educativo, en este proceso en que el pueblo va escogiendo racionalmente lo que más le conviene, está capacitándose para actuar con la mayor seguridad en los años de nuestro porvenir. Esta enseñanza, esta determinación histórica, es la función que entiendo me corresponde realizar en la gobernación: seguir haciendo de Puerto Rico un pueblo: puertorriqueños seguros de sí mismos.

No ha de ser muy difícil la tarea. Nuestro pueblo había emancipado su energía, pero quiso creer que dependía de un emancipador. Ahora sabe que esa energía vital le pertenece. En diez semanas sin precedentes en la historia del país, supo sobreponerse a su agonía. La energía vital de todo un pueblo,

el impulso vital de su mandato, se concentró en las urnas, en expresión viva de su voluntad. En ciento cuarenta días, hemos comprobado en la carne y en el espíritu de nuestro pueblo que podemos escuchar su voz, porque su voz se expresa ya con claridad. Ese torrente de miles de voluntades, esa expresión de la conciencia colectiva es base y es pilar de mi gestión.

Quiero que el mandato de estas elecciones quede escrito firme y claramente, para que nadie dude de su significado. El pueblo nos ha dado el mandato para un mayor progreso. El pueblo nos ha dado el mandato para hacer un gobierno bueno, austero y seguro; para mejorar la salud y la educación, y para aumentar las oportunidades de trabajo de los puertorriqueños. Sobre el cumplimiento de esas promesas, he de hablar en mi *Mensaje a la Asamblea Legislativa*. Pero el pueblo nos ha dado un mandato mayor, un mandato más fundamental. Los puertorriqueños que depositaron su confianza en las urnas votaron por sí mismos; aceptaron el mensaje de su propia capacidad y confianza y dieron un mandato de más profunda significación. He escuchado durante los meses de campaña en todo Puerto Rico —en la tribuna y en los hogares— el latir del corazón del pueblo; he conocido el más profundo significado de estas elecciones. Lo entiendo intelectualmente y lo siento emocionalmente. Mi alma vibró en contacto con la de nuestros hombres y mujeres. He de actuar a base de esa unión de voluntades. No puedo traicionar mi convicción porque estaría traicionando a nuestro pueblo. He de actuar a tenor con mi conciencia, y el pueblo juzgará.

Gobernar es un quehacer difícil que debe realizarse con cautela. Pero el mandato no ha sido tímido ni a medias. Eso nos permite hacer un Gobierno valiente y audaz. Audacia, no para destruir, sino para construir y fortalecer; para confrontar nuevos problemas con nuevas actitudes, y para ensayar las nuevas soluciones. Cuando haya que ser cautelosos, lo seremos. Donde haya que tomarlos, nos tomaremos riesgos. *¡Y la marcha será siempre adelante!*

Tengo un mandato para la innovación. La presencia de una nueva energía, los símbolos de una sangre nueva, calaron hondo en la conciencia popular. Lo sucedido en Puerto Rico en 1964 es lo más cerca y lo más parecido a 1940. Hemos de incorporar ideas nuevas, gentes nuevas, un nuevo estilo. El espíritu de innovación de entonces, revive en la renovación de ahora.

Tengo un mandato para el diálogo público. Tengo un mandato racional de los problemas. Al rechazar los argumentos falsos, el pueblo estableció conversación sobre temas reales: quiso participar. Vamos a hacer partícipe a la ciudadanía, a hacer al ciudadano persona principal en su Gobierno.

Me corresponde ahora el formar un Gobierno. Las bases son las mismas. Pero los tiempos son distintos y los retos son nuevos, y cada cual tiene su manera de cumplir. He aquí una invitación: a todo aquel que tenga motivaciones de servir a su pueblo, que venga a acompañarme en esta empresa, que es la empresa del pueblo.

He de hacer un Gobierno bueno, austero y seguro como prometí. Pero quiero, además, hacer un Gobierno que se distinga por dar la mayor responsabilidad a sus integrantes. Los miembros de Gabinete, jefes de agencias, legisladores, ciudadanos, el pueblo todo, ha de compartir mi responsabilidad de gobernar. He de delegar autoridad y he de exigir responsabilidad. No sólo porque estoy convencido de que nuestro pueblo y sus servidores públicos están capacitados para asumirla, sino también para que se distingan, entre ellos, todos los que merezcan distinción. Incorporaré gente nueva, nuevas ideas y nuevas actitudes en un proyecto audaz. Quiero hacer una inversión en el futuro de nuestro país. Quiero asegurar servidores públicos capacitados para una Nueva Era que dure muchos años. Quiero que sea ese mi legado principal a Puerto Rico.

Hombres y mujeres jóvenes, talentosos y preparados, tendrán lugar en mi Gobierno. Compartamos la preocupación de qué somos y qué queremos ser en Puerto Rico. Compartamos la determinación de fomentar mayor fe y valentía en nuestro

pueblo y un mayor y más amplio diálogo público. Creemos en una fuerte y constante crítica constructiva. El espíritu crítico de estos grupos jóvenes es quizás el más valioso patrimonio espiritual de nuestro tiempo. Sería un grave error desatender las voces de los que empiezan, ansiosos de trabajar por el país. He de darles tarea. *¡Movilicemos juntos el idealismo de nuestra juventud!*

Utilizaré las energías de nuestros servidores elegidos. Daré la mayor participación a todos en la política de mi Gobierno. Habrá en el Gobierno que he de dirigir oportunidad de amplia discusión, de variedad de ideas, pero habrá también principios básicos a los que todos debemos responder. Los legisladores, los alcaldes y los asambleístas; todos al igual que yo, deben sentirse comprometidos con una obligación común, con un consenso, con un pensar y sentir. Nos debemos al pueblo. Ahí es donde todos somos uno. Yo estoy comprometido como símbolo de ese sentir. Compartan conmigo esa obligación con nuestro pueblo. Vamos, juntos, a cumplir el mandato.

Por mi parte, han de permanecer abiertas las puertas de La Fortaleza a las ideas del pueblo. Invito a todos los miembros de nuestro Gobierno, a todos y cada uno de nuestros ciudadanos, a hacer una autoevaluación, un análisis prospectivo, a establecer una discusión abierta de las mejores maneras de ejecutar el mandato recibido en las urnas. Les invito a que me ayuden a realizar la más cuidadosa, amplia y profunda evaluación de todo aquello que merezca estudio. Ya hemos comenzado. Invito a todos a que me hagan llegar sus recomendaciones. Que esa tarea sea una tarea del pueblo.

Quiero que se utilice la energía y la creatividad de todos, que se rechace para siempre el miedo, la inseguridad y la apatía, para que el Gobierno y el pueblo, unidos, lleven a cabo el máximo de sus aspiraciones. Hemos garantizado la limpieza del voto y arrepechamos la jalda del progreso. Pero el voto es el mínimo de la democracia y el aumento en el nivel de vida es el mínimo para hacerse la felicidad. Vamos ahora, al máximo de

nuestras potencialidades. Todos nuestros esfuerzos irán encaminados a hacer de Puerto Rico como lo quieran los puertorriqueños. Hemos de continuar haciendo un Puerto Rico próspero y progresista. Pero tenemos que hacer más que eso y tenemos que ser más que eso.

Desarrollar aún más la economía del país ha de ser propósito básico. Pero debemos pensar todos los puertorriqueños sobre cómo usar ese progreso económico para los más altos fines. No podemos permitir que se haga mediocre nuestra vida cuando existe en Puerto Rico una espina dorsal de la cultura que puede evitar un desarrollo desbocado. El puertorriqueño ha reconocido su capacidad, que es la espina dorsal de su cultura. Debe usarla para orientar nuestro progreso, sin entregarse a él. Puerto Rico ha hecho la decisión de continuar su progreso acelerado. Pero debe seguir también el camino de su engrandecimiento espiritual: *vamos a dedicarnos al país*. Vamos a comprometer a todo nuestro pueblo con la formación de su propio destino. Vamos a trabajar, no solamente para hacer un Puerto Rico próspero y progresista, sino para hacer un Puerto Rico grande.

Vamos a esforzarnos por un puertorriqueño saludable, trabajador, educado y culto, libre para pensar y expresarse, interesado en entender y dialogar sobre los vitales asuntos de su vida de pueblo. Vamos a ser hombres frugales en el deseo, sin ansias desmedidas de lucro o de poder, activos en la participación ciudadana, capaces de criticar y exigir de otros y de nosotros mismos. Vamos a ser puertorriqueños sin meramente ser insularistas, hombres que se planteen y entiendan sus problemas y los de nuestro mundo.

Vamos a trabajar para lograr una sociedad donde el triunfo de cada individuo conlleve un compromiso de esforzarse por otros, en que la riqueza sea medio y no meta, y donde se dé más de nuestro espíritu, que se busque para nuestra materia. Hagamos una sociedad donde se salvaguarde la familia como núcleo de su vida misma, donde el trabajo no sea cargo sino

satisfacción, y donde la democracia no sea un sistema sino una vivencia.

Vamos a ser un pueblo de vida sencilla, satisfecho en sus necesidades humanas, contento consigo mismo, pero en continuo quehacer creador. Un pueblo que sepa satisfacer parte de sus necesidades por acción comunal, en la que el liderato coordine los esfuerzos del pueblo. Un pueblo valiente en la apreciación y en la crítica constructiva, valiente en la tolerancia del contrario. Un pueblo, en fin, de ventanas y puertas abiertas: un pueblo seguro de sí mismo.

Nos queda mucho por hacer, y hemos de hacerlo. Esta tarea, ese quehacer de un pueblo, habrá de hacerse dentro de una condición política. Sin embargo, en este siglo XX, en este mundo que se achica, donde se derrumban las fronteras, la cuestión del *status* político no padece de la encerrona de otras épocas. El pueblo de Puerto Rico aprendió a expresar su voluntad. Así liquidó el colonialismo. La esencia de la libertad es saber que uno controla su propio destino, y nuestro pueblo lo hace con sus votos. Con sus votos, la creación de nuestro pueblo lo puso a la altura de los tiempos. La manera de bregar con el problema ha sido nueva y creadora. Ya ha hablado el corazón del pueblo. Puerto Rico ha hecho su aportación hacia ese nuevo mundo sin fronteras.

Esa tarea, ese quehacer de un pueblo, habrá de hacerse en medio de una América y un Hemisferio que busca salir de la injusticia, eliminar el hambre y la miseria, hacer realidad la democracia. Puerto Rico se siente hondamente comprometido con la lucha por la libertad, la democracia y la justicia social en nuestra América, como en el mundo entero. Vaya a nuestros ciudadanos del Norte el deseo reiterado de nuestra asociación basada en la común ciudadanía, y a los puertorriqueños en el Continente, el apoyo y sostén de sus hermanos. Vaya a los hombres libres del Caribe la seguridad de que Puerto Rico se siente hondamente comprometido con nuestro común progreso y con

la hermandad de nuestros pueblos. Puerto Rico está en nuestro Hemisferio, como lugar y como sentimiento.

Los pueblos se nutren de los servicios, de la dedicación y de la generosidad espiritual de sus grandes patriotas. En esta Nueva Era, en este momento en que Puerto Rico inicia una nueva jornada en su desarrollo como pueblo, debemos una palabra de agradecimiento a quienes nos han servido y nos han dirigido hasta aquí. Conociéndolo ustedes como lo conocen, queriéndolo todos como lo queremos, que baste la mención de su nombre para que los tiempos venideros sepan cuánto le adeudamos a Luis Muñoz Marín.

Quiero que estas breves palabras de hoy formen parte de mi juramento. Yo he de cumplir mi mandato en las instituciones democráticas que hemos sabido darnos dentro de nuestra unión con los Estados Unidos de América. Repita cada uno en su conciencia y en su corazón el juramento de la tarde de hoy. Que cale hondo en la conciencia y en la voluntad de cada uno de los puertorriqueños. *Participemos todos en el quehacer de un gran pueblo, con la ayuda de Dios.*

*Discurso inaugural del Honorable Roberto Sánchez Vilella, segundo gobernador de Puerto Rico, 2 de enero de 1965 (San Juan Puerto Rico: [Talleres Gráficos del Departamento de Instrucción Pública, 1965]). Se publicó además en Darío Carlo, "Promete un Gobierno 'valiente y audaz': afirma será de gente e ideas nuevas; nuevo estilo." *El Mundo* (4 de enero 1965), p. 1; 24. Título provisto.*